

Tres notas sobre *El espíritu del capitalismo* en Weber, para pensar América Latina

José Gandarilla Salgado

Resumen

A partir de la lectura de *La ética protestante y El espíritu del capitalismo* de Max Weber, se desarrollan en el artículo tres temas que, por el trato que el sociólogo alemán les otorga en su ejercicio intelectual, sirven de excusa para problematizar críticamente su propuesta, éstas son: a) la existencia de un "espíritu del capitalismo" con una ética, forma de comportamiento o tipo de conducta propia y exclusiva del Occidente noreuropeo, y al cual seguirán o se subordinarán el resto de las experiencias civilizatorias; b) el "espíritu del capitalismo" propio del capitalismo empresarial, cuya organización racional del trabajo industrial se opone a la lógica del capitalismo aventurero o especulativo, y c) la posibilidad o capacidad del sujeto social de pensar un modo distinto de convivencia en y con el capitalismo, o mejor aún, contra él mismo.

Abstract

From Max Weber's *Protestant Ethic and the Capitalist Spirit*, we develop three topics in order to make a critical Protestant analysis of this work. These topics are: a) The existence of a deterministic capitalist ethic, centered on Northern European beliefs, which subordinates the rest; b) The spirit of the entrepreneurial capitalist, whose organizational rationality on industrial work stands against the logic of speculative capitalism, and c) The capacity of social subjects to think differently about themselves living within a capitalist system, or against it.

La intención de las siguientes líneas es desprender un conjunto de ideas a partir de una particular forma de realizar la lectura de *La ética protestante y El espíritu del capitalismo* de Max Weber aunque, en rigor, sólo nos ocuparemos de tres de sus muchos elementos pertinentes. No obstante, dichas ideas, que no buscan enfatizar conclusiones, al menos nos permiten plantear algunas interrogantes a modo de preocupaciones que nos ayuden a pensar o imaginar el contexto latinoamericano en el escenario de la crisis global finisecular –de alcances civilizatorios–, cuyos signos más prominentes tienden a cobrar dimensiones más exacerbadas en nuestra región (crisis del trabajo como mercancía, en cuya articulación de explotación y exclusión se pone en tela de juicio la capacidad de producción y reproducción de

la vida material de conjuntos de población cada vez más numerosos, y crisis ecológica como expresión evidente de la conflictiva relación entre el libre mercado y el desarrollo autosostenible –más bien sumisión del segundo a la lógica del primero–, crisis, pues, de los dos factores productores de riqueza en este y cualquier otro tipo de socialidad posible), mientras permanezcan y se agudicen los esquemas de dependencia estructural, intercambio desigual y la transferencia de excedentes de nuestros países hacia el capital metropolitano.

Nuestro intento pretende dibujar una imagen a tres planos donde la noción de existencia de un tal “espíritu del capitalismo” y una ética correspondiente y más adecuada a su lógica –propia de la visión y apropiación europeo occidental del desarrollo social mundial– nos esboce cuando menos a modo de reflejos (expresados en forma de preguntas) la difícil y particular relación entre la modernidad occidental y el propósito difícil y paradójico de ensayar los intentos recurrentes o cíclicos de actualizar dicha modernidad en los proyectos de modernización del capitalismo latinoamericano, cuya más reciente arremetida cobra la forma de una –a los ojos de los sectores dominantes y en cuyas responsabilidades recae la conducción de los “asuntos del Estado”– necesaria e inexorable adecuación a las fuerzas externas y dominantes del neoliberalismo globalizado, planetarizado, como despliegue mundializado y más reciente del predominio del *ethos realista*,¹ subordinando a su omnipresencia y esgrimiendo como su arma más eficaz la supuesta incapacidad social y política de erigir alguna alternativa.

Pretendemos desarrollar tres temas que por el trato que les da Weber en su ejercicio intelectual nos sirven de pretexto para problematizar críticamente su propuesta: a) la existencia de un tal “espíritu del capitalismo” con una ética, forma de comportamiento o tipo de conducta propia y exclusiva del Occidente noreuropeo, y al cual seguirán o se subordinarán, como ante un destino inevitable, el resto de experiencias civilizatorias; b) el “espíritu del capitalismo” como propio del capitalismo empresarial, cuya organización racional del trabajo industrial se opone a la lógica del capitalismo aventurero o especulativo, y c) la posibilidad o capacidad del sujeto social de pensar (como requisito anterior al ensayar o construir) un modo distinto de convivencia en y con el capitalismo, o mejor aún contra el mismo, un estilo menos desgarrador de los lazos de convivencia comunitaria, social o inter-étnica (multi-étnica), y de los equilibrios milenarios entre el hombre y la naturaleza, cuya promesa de abatimiento de la escasez, vía el tratamiento y la modificación técnico-productiva del primero sobre la segunda, ha propiciado sin embargo, la devastación de esta última.

¹ La conceptualización del cuádruple *ethos* de la modernidad capitalista (realista, romántico, clásico y barroco, donde no se registra una preeminencia absoluta sino una convivencia en el tiempo, una combinación o subsunción de los tres últimos al primero –el más adecuado a la lógica de la acumulación de capital), se encuentra en Bolívar Echeverría, “Modernidad y capitalismo (15 tesis)”, en *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM-El Equilibrista, 1995 (en especial tesis siete, pp. 163-167), y del mismo autor “El *ethos* barroco”, en Bolívar Echeverría (comp.), *Modernidad, mestizaje cultural y ethos barroco*, México, UNAM-El Equilibrista, 1994, pp. 13-36.

El “espíritu del capitalismo” y el capitalismo como la realización de la idea o el “espíritu” de la historia mundial. ¿Está Weber, como Hegel, aprisionado en los marcos del eurocentrismo occidental?

Ya desde la introducción a su *Ética...*, Weber plantea que a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX se están experimentando, o mejor consolidando, ciertos “fenómenos culturales” propios o característicos de Occidente que a su parecer marcan una “dirección evolutiva de universal alcance y validez”,² fenómenos culturales que tendrían por base a un conjunto de conceptos, organizaciones y reglas racionales; a la racionalización como su impronta y al cálculo como inherente. Se verifica en Occidente una “forma de capitalismo” no conocida en ninguna otra parte del mundo, la “organización racional capitalista del trabajo formalmente libre”.³ Para Weber el problema central “en una historia universal de la cultura” no sería la sucesión de formas de capitalismo (del desarrollo de la actividad capitalista, desde el capitalismo aventurero al racional), sino “el del origen del capitalismo industrial burgués con su organización racional del trabajo libre ... el del origen de la burguesía occidental con todas sus características”.⁴ El moderno capitalismo industrial racional, consumación del ideario de la modernidad occidental, tiene por base en el planteamiento weberiano un racionalismo específico y peculiar de la civilización occidental; el “racionalismo económico” aparece como el “motivo fundamental de la moderna economía”.

Weber piensa igual que Hegel el fenómeno de la modernidad desde el horizonte eurocéntrico,⁵ como patrimonio exclusivamente europeo, cuyos desarrollos datan de la Edad Media y se extienden posteriormente a lo largo del mundo. Un conjunto de características excepcionales, propias de Europa, le permiten superar –esencialmente por su racionalidad– a todas las otras culturas; la singular racionalidad europea, en este enfoque, es más eficaz que el conjunto de otras posibles racionalidades que hayan existido en otras culturas. Filosóficamente Hegel expuso la tesis de la modernidad diciendo que “el espíritu moderno es el Espíritu del Nuevo Mundo, cuyo fin es la realización de la verdad absoluta, como autodeterminación infinita de la libertad, que tiene por contenido su propia forma absoluta”⁶; el espíritu europeo se autodetermina “sin deber nada a nadie”, sin ser resultado de un proceso histórico de articulación-subordinación del conjunto de regiones y culturas del mundo. En otra parte, Hegel mismo lo plantea

² Max Weber, *La ética protestante y El Espíritu del capitalismo*, México, Colofón, 2a. edición, 1996, p. 9.

³ *Ibid.*, p. 16.

⁴ *Ibid.*, p. 19.

⁵ Reconocemos, al tiempo que recuperamos, la pertinencia crítica del planteamiento que Enrique Dussel avanza como crítica al paradigma eurocéntrico, en dos de sus recientes aportaciones: “Modernidad, globalización y exclusión”, en Heinz Dieterich (coordinador), *Globalización, exclusión y democracia en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1997, pp. 75-98 y 1492: *El encubrimiento del otro. El origen del mito de la modernidad*, Colombia, Antropos, 1992, 256 pp., en especial pp. 17-91.

⁶ Hegel, “Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte”, en *Werke*, Suhrkamp, Frankfurt, t. 12, 1971, p. 413, citado en Dussel, “Modernidad ...”, *op. cit.*, p. 75.

del siguiente modo “el principio del espíritu libre se ha hecho aquí bandera del mundo, y desde él se desarrollan los principios universales de la razón [...] La costumbre y la tradición ya no valen; los distintos derechos necesitan legitimarse como fundados en principios racionales. Así se realiza la libertad del Espíritu”.⁷ Y en otra de sus obras, “contra el derecho absoluto [que el pueblo dominante en esa época de la historia mundial], tiene por ser el portador actual del grado de desarrollo del Espíritu mundial, el espíritu de otros pueblos no tiene derecho alguno”.⁸

El capitalismo europeo occidental se presenta como culminación del espíritu de la historia mundial, el capitalismo es la realización de un espíritu sólo propio de la cultura occidental (el cual pretende descifrar Weber) o es la culminación misma de la idea, del espíritu de la historia mundial hecha forma social, que mientras en Hegel era la divinización del Estado alemán, en Weber es la secularización, el desencantamiento de un Dios que no ve con malos ojos la creación o acumulación de riquezas, sino su desbordamiento en el uso.

A diferencia del paradigma eurocéntrico, uno que se ubica desde el horizonte mundial, “concibe la modernidad como la cultura del centro del sistema-mundo, del primer sistema-mundo –por la incorporación de Amerindia– y como resultado de la gestión de dicha centralidad”.⁹ La modernidad, en esta postura epistemológica, se asume como un fenómeno mundial propio del “sistema-mundo”, con su centro (que históricamente se traslada desde España hacia Europa y Estados Unidos) que se constituye simultáneamente sobre una periferia creciente.

La modernidad no es un fenómeno exclusivo de Europa como sistema independiente (tal cual cree Weber), autopoietico, autorreferencial, que se autodetermina (como piensa Hegel), sino de la Europa como centro del sistema, que experimenta el paso del Estadio III del sistema interregional (asiático-afro-mediterráneo) hacia un sistema propiamente mundial, al “sistema-mundo”, como el paso de ser una periferia de un sistema interregional a convertirse en el centro del sistema-mundo,¹⁰ Europa (propiamente España) potencia con la colonización de América el germen del sistema ya como sistema-mundo. En esta concepción, el capitalismo es fruto y no causa de esta mundialización y centralidad europea en el sistema-mundo, pues Europa no había sido sino periferia del sistema-interregional hasta ese momento, ocupa la hegemonía mundial del primer y único sistema-mundo de la historia planetaria, del sistema moderno; modernidad que es, pues, europea en su centro y capitalista en su economía como afirma Wallerstein:

⁷ *Ibid.*, p. 29.

⁸ Hegel, *Die Vernunft in der Geschichte, Zweiter Entwurf* (1830), en *Sämtliche Werke*, Hamburg, 1955, p. 347, citado en Dussel, 1492: *El encubrimiento...*, *op. cit.*, p. 30.

⁹ Dussel, “Modernidad...”, *op. cit.*, p. 76.

¹⁰ Dussel corrige la conceptualización de André Gunder Frank: en Dussel el sistema-mundo o sistema mundial es el Estadio IV del mismo sistema interregional del continente asiático-afro-mediterráneo; para Frank los cuatro estadios (5 mil años de historia mundial) son ya fácticamente mundiales. Véase la nota al pie de página 7 de Dussel, “Modernidad...”, *op. cit.*, p. 249, e *infra* nota 13.

“la periferia (Europa oriental y la América española) utilizaba trabajo forzado (esclavitud y trabajo obligado [del indio] en cultivos para el mercado [mundial]). El centro utilizaba cada vez más mano de obra libre”.¹¹

El colocarse epistémicamente desde este horizonte mundial, permite la consideración de la modernidad y su crisis global actual teniendo en consideración no sólo el centro del sistema sino también su periferia, en vista de obtener una visión planetaria del acontecer humano (sin querer forzar el argumento de Dussel, se tendría un desplazamiento teórico desde el eurocentrismo, hacia un humanocentrismo como en algún lugar lo propone André Gunder Frank).¹²

Si las características que cuentan como las preponderantes de la modernidad Occidental capitalista (hechas explícitas por Weber en la introducción a su *Ética...*), y a nuestro juicio como premisas de su investigación (pues su punto de partida se ubica en el paradigma eurocéntrico), desde las cuales está pensando la existencia de un “espíritu capitalista específicamente moderno”¹³ relacionado de manera más adecuada con un comportamiento del hombre, con una ética económica propia del “actor racional” (a pesar de que la introducción de la obra se escribe más de diez años después que los dos ensayos que conforman el libro),¹⁴ Weber se propone presentar como objetivo de su *Ética...* el estudio de la influencia de ciertos ideales o principios religiosos en la formación o conformación de una determinada mentalidad económica, de un *ethos* económico. Para ello nuestro autor se centra en las conexiones de la ética económica propia o única posible de la modernidad, con la ética racional del protestantismo ascético, y las asume como uno de los aspectos de la relación causal (averigua cómo la disciplina ascética propia del puritanismo calvinista potencia un tipo de comportamiento o mentalidad económica). Otro aspecto estaría conformado por el estudio de “las conexiones que las más importantes religiones habidas en el mundo guardan con la economía y la estructura social del medio en que nacieron”,¹⁵ para de ese modo declarar qué elementos de la ética religiosa occidental (el protestantismo) son imputables causalmente a dichas circunstancias sociológicas (la economía y la estructura social) propias de Occidente “y no de otra parte” (objetivo que, sin embargo, sale de las pretensiones del texto que nos ocupa y no es más que anunciado).

Si bien algunos autores han planteado que la discusión de Weber en su *Ética...* es con Marx, más precisamente en lo que se refiere a un materialismo determinista en parte heredado por Engels, para otros la discusión se encamina por la

¹¹ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, tomo I, 1974, p. 144, citado en Dussel, “Modernidad ...”, *op. cit.*, p. 86.

¹² Véase André Gunder Frank, “Un argumento por la Historia del Sistema Mundial”, en *Cuadernos Americanos*, México, nueva época, núm. 30, nov.-dic. de 1991, pp. 174-204.

¹³ Max Weber, *op. cit.*, p. 60.

¹⁴ Sobre la importancia de un análisis genealógico del planteamiento weberiano, véase Gordon Marshall, *En busca del espíritu del capitalismo*, México, FCE, 1986, en especial el capítulo 1, pp. 25-72.

¹⁵ Max Weber, *op. cit.*, p. 22.

vía del historicismo alemán, hacia la argumentación de Adam Smith¹⁶ respecto a las motivaciones sólo egoístas del *homo economicus*. Lo cierto es que la noción de un tal “espíritu del capitalismo” (“pura demanda de un comportamiento humano estructuralmente ambicioso, racionalizador y progresista”),¹⁷ es entendida por el sociólogo alemán como la acción racional (que responde a la lógica medio-fin, ética del estratega empresarial que minimiza el riesgo a través de ciertos medios, al tiempo que maximiza incesantemente el beneficio como fin en sí mismo)¹⁸ que explica la mentalidad económica más propicia para el desarrollo del capitalismo, de la modernidad capitalista.

El “espíritu capitalista” es presentado como obligación por parte del individuo de aumentar su capital (es propiamente una “filosofía de la avaricia”). Weber mismo lo define como la “mentalidad que aspira a obtener un lucro ejerciendo sistemáticamente una profesión”,¹⁹ obteniendo con ello, dice nuestro autor, “una ganancia racionalmente legítima”;²⁰ el hombre debe experimentar una “necesaria entrega a la profesión de enriquecerse”.²¹ El “actor económico racional” (que en la economía clásica burguesa aparece orientado sólo por consideraciones económicas egoístas, cuya acción privada consigue fines públicos o el aseguramiento del “interés general”, por la actuación de la “mano invisible” del mercado), aparece motivado por un tipo de conducta, por un modo de comportamiento (la ética protestante vista como “la pura oferta de una técnica individual de autorrepresión productivista y autosatisfacción sublimada”).²² En su análisis, el *ethos* propio del protestantismo ascético y laico conduce a la “racionalización de la actividad económica”, la libra, la seculariza de las constricciones religiosas pues Dios ya no condena el enriquecimiento sino el disfrute del lujo desmedido; en la Teosofía protestante el hombre sirve a Dios al dedicarse en cuerpo y alma a la profesión de enriquecerse, lo honra y evita su condena, el pecado, el abandono del Estado de gracia al no permitirse un disfrute desmedido, ostentoso, de la riqueza.

El capitalismo no tendría por esencia, por base, como su espíritu, el afán de lucro, la tendencia al enriquecimiento, la ambición, sino el freno, “la moderación racional de ese impulso irracional lucrativo”; el *ethos* capitalista busca contener el impulso, la pulsión irracional de la relación con la riqueza producida por parte del propietario del capital (represión de la relación con la riqueza como si se tratara sólo de un valor de uso, frenar la entrega al goce concreto de la misma). La

¹⁶ Véase Gordon Marshall, *op. cit.*, pp. 35-58.

¹⁷ Bolívar Echeverría, “El *ethos* barroco”, en Bolívar Echeverría (comp.), *Modernidad, mestizaje cultural y ethos barroco*, México, UNAM-El Equilibrista, 1994, p. 18.

¹⁸ Véase Gordon Marshall, *op. cit.*, pp. 73-81, y Ma. del Carmen Collado H., “Ascetismo protestante y desarrollo capitalista ¿una relación vigente?”, en *Iztapalapa*, México, UAM-I, núm. 39, enero-junio de 1996, pp. 127-142.

¹⁹ Max Weber, *op. cit.*, p. 68.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*, p. 76.

²² Bolívar Echeverría, “El *ethos* barroco”, en *op. cit.*, p. 18.

disciplina, represión o contención del conjunto de pulsiones (naturales) a la productividad y su aumento, donde el mejor disfrute lo constituye la ascesis,²³ se presenta como la disciplina racional encaminada al elevamiento calculador y organizativo de la productividad del trabajo en la búsqueda del rendimiento de la riqueza no para el “disfrute irracional” sino como un fin en sí mismo (la actividad concreta-productiva del hombre termina subordinándose al automatismo de un mecanismo abstracto, el hombre y su actividad productiva no son sino objetos del auténtico sujeto automático, del capital como valor valorizándose).

En el planteamiento de Weber el estilo vital burgués constituye un estilo y no la renuncia al o del otro estilo de vida,²⁴ sin embargo, desde nuestro punto de vista este espíritu (este estilo de vida) se afirma por la negación y refuncionalización de las formas tradicionales, comunitarias, intersubjetivas, precapitalistas, de acometer el proceso de conexión entre el conjunto de capacidades y el sistema de necesidades propio de las otras culturas, de los otros entendimientos del “mundo de la vida”.

Sobre el capitalismo racional organizativo del trabajo industrial como opuesto y superior al capitalismo aventurero o especulativo. ¿Es posible pensar a Weber entre Marx y Braudel?

Un segundo punto que puede ser al menos insinuado es el referente a la oposición que el sociólogo alemán establece entre el capitalismo racional –cuya base es el empleo formalmente libre, propio de la organización industrial capitalista– y el capitalismo aventurero, especulativo, “orientado en sentido político”.²⁵ El primer elemento que parece descollar es la ausencia de una efectiva historización del hecho capitalista, es decir, la carga que el calificativo capitalista implica.²⁶ En Weber no está suficientemente clara la frontera entre el capitalismo legítimo (producto de la acción económica racional) y el tipo de capitalismo al que se refiere como propio del afán de lucro, de la ambición, del deseo de enriquecerse monetariamente en el mayor grado posible,²⁷ pues ese tiene –según Weber– cuando menos tres mil años de existir.

En efecto, a descargo del sociólogo alemán puede esgrimirse que en su *Ética...* le interesa discernir sobre el espíritu del capitalismo y no sobre el capitalismo en cuanto tal; sin embargo, al parecer Weber asume como la esencia de este último

²³ Palabra cuyo significado aplicado a la vida moral plantea que “la virtud significa limitación de los deseos y renuncia”. Véase Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, México, FCE, 13a. reimp., 1996.

²⁴ Max Weber, *op. cit.*, p. 261.

²⁵ *Ibid.*, p. 17.

²⁶ Cuestión que ya Braudel destaca cuando inicia el capítulo tercero del tomo 2 de su magna obra “La producción o el capitalismo en terreno ajeno”, partiendo de la definición de tres calificativos sobrecargados de significación (capital, capitalista, capitalismo). Véase Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV - XVIII*, Madrid, Alianza, tomo 2 *Los juegos del intercambio*, 1984, pp. 195-210.

²⁷ Max Weber, *op. cit.*, pp. 12-18.

la acción económica racional, de suerte que en ese elemento esencial se hace muy difícil la posibilidad de historización, que termina por cuestionar respecto al proceder de Marx, en donde al definirse esencialmente al capitalismo como una relación social de explotación, la capacidad de historización nos entrega un conjunto de categorías que explican e ilustran el desarrollo de la relación capital y las fases distinguibles por los cambios en las formas de explotación del trabajo y la subsunción del proceso de reproducción social a la lógica de valorización del valor (categorías tales como relación capital y modo de producción capitalista).

Curiosa o paradójicamente, en el diálogo imaginario que Bolívar Echeverría propone entre Marx y Braudel,²⁸ al parecer Weber compartiría con Marx el énfasis organizativo industrial del capitalismo, como el terreno que le es más propio, a diferencia de Braudel para quien —explícitamente lo sostiene— el capitalismo encontraría en la circulación su terreno más propicio (afirma el historiador francés: “hasta la Revolución del siglo XIX... es por excelencia en la circulación donde el capitalismo está en su terreno”),²⁹ precisamente porque ahí se potencian las capacidades de enriquecimiento de los capitalistas que de verdad cuentan. Cuando en la esfera del mercado se impone la lógica del intercambio desigual, sofisticado, superior, dominante (el *contramercado*, que dispone de dinero en efectivo y cuenta con la posibilidad y escogerá aquello que le proporcione mayores beneficios) por sobre el intercambio elemental, competitivo (ámbito de la *economía de mercado*), entonces, por encima de, o subsumiendo los “intercambios carentes de sorpresas”, aquellos que tienen por preeminencia las equivalencias de los valores de uso, el capitalismo caminará, ahora sí, como en sus terrenos.³⁰

Pues bien, aunque Weber se sitúa temporalmente entre aquellos dos fecundos pensadores, de ningún modo parece posible situarlo analíticamente entre ambos, pero tampoco jugaría el papel de convidado de piedra si fuese convocado a ese ilusorio encuentro, aunque ello significara forzar demasiado nuestras capacidades imaginativas y sobre todo teórico-analíticas. Como esto desde luego rebasa nuestras posibilidades, nos conformamos con pensar, a la luz o teniendo como referente el comportamiento de las burguesías latinoamericanas, lo que ellos nos pudieran insinuar.

Hechas estas advertencias, el tópico referente a la existencia de burguesías latinoamericanas legítima o genuinamente modernas se presenta adherido de significantes paradójicos, o mejor aún contradictorios. América Latina no sólo se presenta como la región de la periferia capitalista con la mayor desigualdad, sino también como aquella que aporta, junto con Asia, el mayor crecimiento de fortunas personales de los prominentes hombres de negocios. De igual modo,

²⁸ Bolívar Echeverría, “La comprensión y la crítica (Braudel y Marx sobre el capitalismo)”, en *Las ilusiones de la modernidad*, op. cit., pp. 111-131.

²⁹ Fernand Braudel, op. cit., p. 194.

³⁰ Véase Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, México, FCE, 1986, pp. 45-84.

nuestra región ha sido escenario privilegiado de dos de las mayores crisis económicas del capitalismo (que en el ámbito financiero encuentran su terreno más visible) en las dos últimas décadas (1982 y el no tan lejano 1994, con su “efecto tequila”), donde sus actores empresariales han exhibido un comportamiento cargado de tintes especulativos, cortoplacistas, y han propiciado una innegable descapitalización al privilegiar el movimiento de corto plazo y de fuga hacia el exterior; si a ello sumamos la fusión permanente de los poderes económicos y políticos y el erigirse de las cleptocracias en los sectores encargados de emprender las “políticas de ajuste” y “reforma del Estado”, el cuestionamiento sobre la existencia de burguesías modernas y no acostumbradas preferentemente a crecer a los cobijos del Estado, es más que pertinente.

El capitalismo orientado en sentido político, ese “capitalismo ‘aventurero’ orientado a la política”,³¹ podríamos agregar nosotros, que se sirve de la política y del cual Weber se pronuncia despectivamente y, como uno de los elementos que la modernidad haría a un lado es, un elemento persistente que acompaña a la modernidad capitalista latinoamericana desde nuestro punto de vista. La ausencia de ese espíritu propiamente racional, empresarial, de un empresariado weberiano-schumpeteriano que planea para el largo plazo (que supera los comportamientos cortoplacistas) no implicaría de ningún modo la ausencia del desarrollo del capitalismo, por el contrario, propiciaría la agudización de sus elementos más retrógrados y desequilibradores, riesgosos para el conjunto social que tiene que padecer la convivencia en y con el capitalismo. Habría que reconocer con Weber que no todo capitalismo implica una conducta uniforme (en efecto puede prevalecer el afán de “enriquecerse monetariamente en el mayor grado posible”, y en el menor tiempo), lo cual significaría darle la razón a Marx y a Braudel, pues el capitalismo actual en el que la “globalización financiera” avanza mayormente, al no superar las condiciones de crisis en la esfera productiva, la sobreproducción y sobreacumulación, el gran capital encuentra al ámbito de las altas finanzas como el sitio de fuga, el espacio de resguardo, y si esta huida, este regreso al terreno más propicio del capital, como cree Braudel, fuese una de esas modificaciones de larga duración, se plantea como urgente la actualización necesaria de una ética distinta a la que rige al capital, en cada una de sus formas, o en los terrenos que invade.

Acerca de la pertinencia de imaginar un *ethos* distinto de relación entre los seres humanos y con la naturaleza. ¿Desde dónde interpelar al neoliberalismo globalizado como acometida actual del *ethos* realista?

Un tercer elemento que quisiéramos desprender a propósito de la existencia de un *ethos* más adecuado, más propicio para el desarrollo del capitalismo, para la

³¹ Max Weber, *op. cit.*, p. 17.

acumulación de capital, sería el concerniente a la necesidad de anteponer o imaginar un proyecto distinto al del poder absolutizado del neoliberalismo. El dominio planetarizado del proyecto globalista, a través de la homogeneización de las políticas económicas más adecuadas para el desenfreno de la acumulación y mayor rentabilidad del gran capital, de los grandes centros de poder y gestión del capital financiero, se establece por vía de una auténtica guerra mundial contra los pobres;³² el sistema capitalista auténticamente mundializado, asimila al mundo como su mercado y su fábrica, sin embargo, en este contexto conglomerados cada vez más numerosos de población, sectores particulares de las sociedades (discapacitados, niños de la calle, jubilados, etcétera), comunidades y particularmente las etnias, si no se presentan como útiles para el capital –al no lograrse transmutar de necesitados absolutos en necesitados solventes, al no formar parte del mercado como consumidores, pues ya no figuran ni siquiera como viables para participar en el mercado como mercancía fuerza de trabajo–, se revelan como “desechables”, como excluidos del proyecto neoliberal dominante.³³

Ubicados en este terreno, la dialéctica entre esta particular economía de la dominación, que absolutiza los principios del neoliberalismo desenfrenado, y la política o las políticas de la resistencia,³⁴ no puede desde luego ser discernido sino en un esfuerzo colectivo que articule a los actores y agentes que construyen y despliegan sus prácticas, acciones u opciones. En un escenario caracterizado por un predominio de los criterios neoliberales y de ajuste estructural e integración subordinada al mercado mundial capitalista, cuya contraparte es una acentuación de la pobreza y la desigualdad o virtual exclusión de toda posibilidad de vivir de franjas cada vez mayores de población, es verdaderamente urgente y necesario pensar en formas de organizar la convivencia social que tengan por base una ética, un *ethos* histórico desde otra concepción de la modernidad,³⁵ que busque potenciar el proceso de construcción de un tipo de socialidad que asegure la producción y re-producción de la vida material y un desarrollo libre y enriquecedor a la subjetividad, de un tipo de sociedad “en la que todos quepan”.

La difícil, paradójica y contradictoria modernidad capitalista existente en la región latinoamericana, ubicada en un contexto de crisis global del proyecto de modernidad dominante, ha propiciado que sea precisamente en nuestra región donde se levante y pronuncie la más contundente y actual interpelación al proyecto de la modernidad establecida³⁶ –que al parecer se ha estabilizado en su

³² Véase el magnífico ensayo del Subcomandante Insurgente Marcos, “Siete piezas sueltas del rompecabezas mundial”, en *Le Monde Diplomatique*, edición mexicana, nueva época, año 1, núm. 1, junio de 1997.

³³ Véase Subcomandante Insurgente Marcos, *op. cit.* y Franz Hinkelammert, “América Latina y la globalización de los mercados”, en *Viento del Sur*, México, núm. 6, primavera de 1996, pp. 67-69.

³⁴ Hago mías las palabras que alguna vez intercambié con mi amigo Alfredo Velarde.

³⁵ Véase Bolívar Echeverría, “Por una modernidad alternativa”, en *La Jornada Semanal*, México, núm. 65, 2 de junio de 1996.

³⁶ Véase Enrique Dussel, “Sentido ético de la rebelión maya de 1994”, en *Viento del Sur*, México, núm. 2, julio de 1994, pp. 63-77.